

LA NECESIDAD DEL SUFRIMIENTO
EN LA FILOSOFÍA DE SÉNECA

ESTEBAN ROJAS VARGAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFÍA
MEDELLÍN
2010

LA NECESIDAD DEL SUFRIMIENTO
EN LA FILOSOFÍA DE SÉNECA

ESTEBAN ROJAS VARGAS

Trabajo de Grado para optar al título de Filósofo

Director
CONRADO GIRALDO ZULUAGA
Doctor en Filosofía

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
FACULTAD DE FILOSOFÍA
MEDELLÍN
2010

Nota de aceptación

Firma
Nombre:
Presidente del Jurado

Firma
Nombre
Jurado

Firma
Nombre
Jurado

Medellín, diciembre 3 de 2010

A mis padres, por forjar en mí la primera noción de hacer frente al sufrimiento...

A la Iglesia, por intentar forjar en mí la noción última del sentido del sufrimiento.

AGRADECIMIENTOS

El autor agradece al Dr. Conrado Giraldo Zuluaga por haber creído en este proyecto desde el principio y por su dedicación y asesoría para lograr el resultado final.

A Cristina Vargas, Jhon Jairo Rojas y Carlos Alberto Martínez por sus objeciones y aportes a esta investigación y a las correcciones de estilo.

CONTENIDO

| | Pág. |
|--|------|
| INTRODUCCIÓN | 8 |
| 1. LA UTILIDAD DE LA FILOSOFÍA... | 13 |
| 1.1 ¿A CUENTO DE QUÉ? | 13 |
| 1.2 PERO ¿QUIÉN DESEA APRENDER? | 17 |
| 1.3 MÁS PROBLEMAS PARA ENTRAR EN LA REALIDAD... | 22 |
| 2. APRENDER A VIVIR... | 25 |
| 2.1 ¿QUIEN PUEDE APRENDER A VIVIR? | 25 |
| 2.2 ¿CUÁNDO EMPEZAR Y QUÉ HACER? | 29 |
| 2.3 ¿Y ESO ES TODO? | 32 |
| 3. ¿FRACASO? | 37 |
| 3.1 FRACASAR INTENTÁNDOLO. | 37 |
| 3.2 NO OBSTANTE, SÍ HAY ALGO PARA CAMBIAR. | 40 |
| 4. ¿CÓMO ENFRENTARLO? | 45 |
| 4.1 ENFRENTANDO EL FRACASO. | 45 |
| 4.2 DE MODO QUE NO SE PUEDE NO SER. | 50 |
| 4.3 EL TIEMPO... ENFRENTAR LA MUERTE ES ENFRENTAR LO DEMÁS. | 51 |
| 5. ¿TIENE ALGO QUE VER EL FRACASO CON LA FILOSOFÍA? | 57 |
| 6. CONCLUSIONES | 61 |
| BIBLIOGRAFÍA | 63 |

RESUMEN

Las preguntas ontológicas del hombre no han desaparecido, si bien pudieran parecer acalladas por las nuevas tecnologías de la información, el avance sin precedentes de las comunicaciones y el acceso cada vez mayor a la generación de opinión que están desequilibrando la relación entre información y análisis.

Pero este ruido exterior que simulara tener todas las respuestas ausentando las preguntas no logra desterrar los momentos en que el hombre se encuentra a sí mismo preguntándose.

Séneca se ofrece como ayuda de quienes desean preguntarse abiertamente y anima en la forma más pragmática de su estoicismo a quienes son conducidos a cuestionarse gracias al sufrimiento, que de la forma más expedita obliga al hombre a cuestionarse por su existencia, por las implicaciones de su devenir.

Se pretende descubrir la importancia del sufrimiento en la solución que Séneca ofrece a las situaciones de fracaso las cuales originan sufrimiento intrínseco.

PALABRAS CLAVES:

DECISIÓN, ESTOICISMO, FILOSOFÍA, FRACASO, MUERTE, SÉNECA, SENTIDO, SUFRIMIENTO, VIDA.

INTRODUCCIÓN

Heidegger nos afirma que la filosofía es griega porque son ellos quienes, encabezados por Sócrates y Platón, comienzan a preguntarse por el ser del ente. El giro socrático es pues, dirigir la mirada hacia lo que eso es. Pero interesadamente, en el ejercicio del pensar, donde se engrana la filosofía, a la par del ¿Qué es? aparece el ¿Para Qué es? De forma que si algo es, es para algo. Entonces, la pregunta de Heidegger ¿Qué es eso de filosofía? que entre otras cosas no es una pregunta limitada a la academia, sino que puede reproducirse en cualquier restaurante, taxi, esquina o taberna, lleva inmediatamente a la pregunta que sin ser planteada ni expuesta, incluso pareciera descuidada, efectivamente subyace en la realidad más consciente de este trabajo ¿Para qué es la Filosofía? La segunda pregunta no surge necesariamente tras la respuesta de la primera, pueden aparecer de la mano o incluso podría ser difícil definir si el orden no es precisamente al contrario.

No nos acercamos a la pregunta del para qué es la filosofía como una cuestión metafísica, aunque también, pero no sólo. No se trata aquí de entablar discusiones sobre la trascendencia de la filosofía, nos acercamos a algo que nos interesa y por lo tanto nos cuestiona. Es pues, nuestro interés, si se quiere, más de carácter práctico. De aquí se desprende que para nosotros el interés en algo siempre lleva a preguntarse para qué eso es lo que es. ¿Lógica? Podría ser, pero nos contentamos con afirmar que es pragmatismo, de hecho cuando algo pierde su utilidad comienza a desaparecer del horizonte de comprensión, deja de existir.

Pareciera que si algo no justifica su existencia no tiene razón de ser; y, aunque podríamos dedicarnos a intentar demostrar que algo puede ser para nada –

simplemente ser- en la vida cotidiana descubrimos que si algo es para nada no nos ocupamos de ello. Cuando alguien se preocupa por averiguar qué es eso de filosofía, en la práctica quiere saber si es algo en lo que vale la pena ocuparse. El por qué cuando alguien se preocupa por el “qué es” está interesado en saber si vale la pena ocuparse de eso o no, puede tener respuesta en las consideraciones de este trabajo aunque no son la preocupación principal.

La pregunta sobre la finalidad de la filosofía ya interrogó a los hombres de la antigüedad, pero el acercamiento pragmático a esta cuestión puede ubicarse con más propiedad en la Roma clásica.

Roma preocupada por los negocios y la empresa de su Imperio sólo podía dedicarse a aquello que valiera la pena. El espíritu pragmático encuentra en Roma el mejor lugar para desarrollarse. Allí la pregunta sobre si algo era o no, daba paso rápidamente –lo más probable es que fuera sino no se estarían preguntando por eso- a la pregunta sobre para qué era. Solucionada la utilidad de la cosa podría decidirse la validez de la empresa.

Es en este espíritu donde encontramos a Lucio Anneo Séneca, oriundo de la Hispania romana –poseedor por tanto de una característica particular pues, a la península Ibérica siempre se le ha reconocido su proverbial fidelidad a Roma-, quien tan pragmático como sus coterráneos se preocupa por la filosofía y la enseña sólo porque reconoce la utilidad de ésta para sí y para los demás.

La utilidad de la filosofía innegablemente fue tema ya para los griegos quienes la consideraron el deseo en pos de la sabiduría como medicina, con toda la fuerza del término, para curar el alma. Pero era de esperarse que el ingreso de la filosofía a Roma hiciera hincapié en su utilidad práctica del día a día.

Para Séneca, la filosofía no sólo “forma el espíritu”, sino que además utilidad de la filosofía será enseñar a vivir. Si para los griegos la filosofía se presentaba como una cura para el espíritu enfermo por los acontecimientos históricos en medio de su nación, sometida a la barbarie y despojada de la libertad, para el pensador romano será la guía de la vida y en aquello que ésta se empeña.

A fuerza de ser una filosofía práctica, Séneca se tiene que enfrentar al hecho de que todos estamos vivos y nadie comienza preguntándose cómo ha de hacerse. Lo más evidente que se plantea al filósofo acerca de la reflexión sobre la vida es que todos nacemos y morimos por igual, hagamos lo que hagamos la muerte es inevitable y el acto mismo de morir no distingue tipos de personas ni modos de vida. Entonces, si la vida siempre concluye para todos de igual forma y esto no es excusable, ¿por qué habríamos de pensar en la necesidad de vidas diferentes o incluso de preocuparse por llevarlas a cabo? Si todo el que vive, vive sin proponérselo y a nadie le explicaron cómo o de qué se trataba la vida ¿por qué alguien habría de interesarse en aprender a vivir –si es que tal cosa es posible-?

El hombre vive sin preguntarse para qué vive sólo hasta el momento en que algún acontecimiento le hace preguntarse si ha valido la pena hacer lo que ha hecho hasta ese instante. Dicho acontecimiento tendrá que ser de la magnitud suficiente como para cuestionar la vida entera y no una parte de ella o una actividad particular.

Si aceptamos que tenemos un interés en qué es la vida, inmediatamente se presenta a nosotros la pregunta ¿para qué es la vida? y el espíritu pragmático de Séneca se pregunta además si merece el empeño. Esto nos parece bastante honesto y consecuente porque con todo lo que adelantamos en la vida cotidiana nos estamos preguntando constantemente si queremos o no dedicarle nuestros esfuerzos. Quiere decir que la vida es entonces un esfuerzo, no se vive sin más. No, hay que dedicarse a vivir porque sin tal esfuerzo la vida deja de serlo. Desde

la concepción el hombre está en la actividad constante de mantenerse vivo, aunque en ciertas etapas no es consciente de hacerlo, tal vez tomamos conciencia sólo cuando nos damos cuenta que si no hacemos algo por iniciativa propia nuestra vida corre peligro y es ahí donde comenzamos a preguntarnos si dicho esfuerzo es menester, si de verdad queremos realizarlo.

Cuando nos decidimos a esforzarnos estamos respondiendo para qué queremos hacer aquello en lo que nos estamos esforzando, si decidimos vivir. Aunque en algunos momentos no seamos suficientemente conscientes de tal respuesta, hemos respondido primero para qué queremos vivir, cuál será la finalidad de esta vida. Deja entonces de ser la vida simple devenir y se convierte en voluntad. A este respecto Séneca es bastante tajante, porque a través de las cartas a Lucilio va dejando claro que una vez nos preguntamos para qué queremos vivir podemos igualmente decidir no vivir más. Pero si la vida es voluntaria, y decidimos empeñarnos en ella deberíamos preocuparnos por hacerlo bien.

Queremos entender en Séneca este bien no sólo como juicio moral, que sí lo es en él y en toda la filosofía clásica, sino también como juicio de utilidad práctica, al estilo como se juzga el desempeño de una máquina, si ésta cumple con la función para la que fue diseñada será buena, de lo contrario mala y no tendrá sentido usarla. Por eso las cartas a Lucilio están atravesadas por la preocupación sobre el dominio de las pasiones, de forma que la vida sea vivida libre y conscientemente, no tiene sentido vivir esclavizados por los deseos propios o ajenos. Justificamos la necesidad de releer la filosofía de Séneca desde la utilidad pragmática, porque realmente puede haber quien desee no sólo permanecer su alma en el furor de las pasiones sino entregarla a ellas y esto parecerle válido, justo y deseable.

De esta manera el asunto sobre la necesidad de aprender a vivir se convierte en algo puramente individual dejando de ser una constante universal, de hecho,

Séneca ya lo sabía, y no pretendía afirmar que el hecho mismo de estar vivos implicara la necesidad de aprender a vivir. Así la filosofía no es para todos, igual que este trabajo.

¿Quiénes son entonces, aquellos que pueden aprovechar sus consejos? Sólo quienes han reconocido que no saben vivir. Con este punto nos parece que Séneca no tiene la intención de hacer una verdad absoluta de la ignorancia sobre la manera de vivir la vida, sino que la filosofía interesa sólo a aquel que reconoce su utilidad, a diferencia del aire, por ejemplo, que beneficia tanto al que es consciente de respirar como al que no. Es decir, no está afirmando que todos los hombres por ser hombres, o por el hecho de estar vivos, ignoren cómo vivir o cuál sea la forma de llevar la vida, sino que únicamente se interesará por buscar alguien o algo que le enseñe a vivir aquel hombre que acepte o se plantee que no sabe cómo hacerlo.

Pero sólo alguien se planteará que no sabe vivir, si la forma como ha estado viviendo o la respuesta que ha dado a la utilidad de su vida le resulta ya insatisfactoria o incluso errónea. Esto es sólo una experiencia personal, intransferible si se quiere, aunque participen en la generación del juicio influencias de tipo social o cultural, las cuales se verán, sin embargo, cuestionadas por la indagación propia. Es en este momento donde se hace necesaria la presencia de la filosofía y donde Séneca encuentra más deseable preocuparse por enseñar a vivir, no sea que quien se encuentre en la situación de replantearse lo que ha estado haciendo hasta ese momento no contento con desistir de su vida crea conveniente hacer desistir a los demás aún sin su consentimiento.

1. LA UTILIDAD DE LA FILOSOFÍA...

1.1 ¿A CUENTO DE QUÉ?

¿Para qué sirve la filosofía? Quizá sea esta la pregunta más recurrente cuando aparece el tema del estudio o la práctica de la filosofía; desde los primeros contactos escolares hasta las conversaciones adultas, cuando se conoce a alguna nueva persona o cuando los amigos se atreven a demostrar sus inquietudes. ¿Acaso la filosofía tiene alguna utilidad? ¿Vale la pena dedicarle tiempo y esfuerzo?

Justo es reconocer que no siempre la pregunta es ni malintencionada ni fríamente interesada. Quizá sea hecha gracias a la creencia generalizada de que toda utilidad puede ser medida en valor monetario y que todo esfuerzo debe resultar en algo útil.

Precisamente, con esta consideración nos hemos acercado al trabajo de Séneca, más concretamente a las epístolas que escribiera a Lucilio. Y resulta que, efectivamente, la filosofía sí tiene utilidad, utilidad práctica, medible económicamente si se quiere. Trataremos de exponerlo en las próximas líneas, para después intentar abordar el tema que sustenta principalmente la utilidad de la filosofía, afirmando de antemano que la filosofía no es ya solo útil, es incluso necesaria.

En diferentes circunstancias históricas podemos descubrir la utilidad de la filosofía, podemos hacer uso de ciertos acontecimientos para hacernos una idea de su utilidad, sin perder de vista que no es suficiente encontrar por qué para otros, en otro momento fue útil, sino, poder responder en presente, para nosotros.

Resulta que la filosofía en Grecia ya tuvo una clara utilidad práctica. Cuando los griegos quedan desconsolados porque su sistema político y económico es abolido, y ellos mismos de forma aberrante para su mentalidad, son reducidos a esclavitud, la filosofía aparece como medicina para el alma derrumbada de los griegos.

La caída política de Grecia es un momento de suma desesperanza, la filosofía consuela a los griegos dándoles un nuevo valor a los acontecimientos y tranquilizando su orgullo pisoteado; así, pudieron seguir comerciando e integrarse a las nuevas sociedades que les tocó vivir sin perder su identidad cultural, con una vitalidad tal vez mayor a la que tenían en su libertad nacional.

Afirmamos y creemos que la filosofía es netamente griega, una invención griega que se sigue haciendo con los presupuestos y las indicaciones de los griegos. La filosofía se hace como griegos o no se hace, es como la Bandeja Paisa, se hace como paisa o no se hace, o, lo que se hace no es bandeja paisa (un llamado a dejarnos de filosofías latinoamericanas, orientales, alemanas, francesas o norteamericanas. Puede provenir de cualquier latitud y dejarse en claro, pero hecha como griegos y eso también debe quedar asentado). Precisamente por esto nuestro autor es muy interesante. Séneca va hacer filosofía (traída de oriente próximo como leones del África) pero enmarcado por un contexto netamente latino, imperial.

La Roma imperial es pragmática. Para gobernar un territorio tan basto y extender el estilo de vida y de costumbres políticas, éstas deben ser fáciles de transportar y de instaurar, tal vez por eso el romano desarrolla un gusto parecido al americano

moderno o al británico imperialista, práctico y conciso, donde lo que escoge debe responder a necesidades reales y tener algún valor comercial. Se conquista y se gobierna un Imperio con las armas y las estrategias políticas más efectivas.

En este contexto ingresa la filosofía griega como nueva curiosidad traída de nuevos comercios internacionales, anotemos entonces, que seguramente no habría prevalecido su cultivo en tierras itálicas si no hubiera sido una oferta útil y mensurable. Probablemente Séneca se ve expuesto a estos interrogantes o por sus vecinos o por su mismo espíritu inquieto, deseoso de saber si la filosofía que conocía recién le era verdaderamente útil y, para ello nos va a legar innumerables razones por las cuales aplicarse a la filosofía no será solo útil sino que llega a ser imperioso.

La primera utilidad práctica e interesada de la filosofía la encontramos perfectamente en la Epístola X:

Acompañamos al que llora o al que se encuentra atemorizado, no sea que empleen mal la soledad, porque en estas circunstancias es cuando asaltan los malos pensamientos y se acarician proyectos perjudiciales para otro y para uno mismo; en estos casos se muestran las malas pasiones y brota al exterior todo lo que la venganza o el temor hacían mantener oculto; en fin, en estos momentos es cuando la temeridad toma vuelo, se irrita la avidez y se caldea la cólera¹.

Curiosamente primero aparece la preocupación por el mal que pueda hacerse a otros y luego por el que pueda hacerse el mismo que acompañamos. Seguramente sea un detalle sin la menor importancia, explicado por el azar o por el estilo gramatical, incluso un detalle de traducción, pero indica el comienzo del ca-

¹ SÉNECA, Lucio Anneo. Epístola X. De la utilidad de la soledad. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. p. 1431

mino por donde vamos descubriendo con Séneca las virtudes de la filosofía. Es tan sencillo como una cuestión de salud pública.

Es tan aconsejable y rentable esforzarse y trabajar en desarrollar bienes y servicios que mejoren la calidad de vida de la sociedad y a su vez sean conmensurables económicamente como defender y conservar los que se han obtenido.

Entonces, es razón para acompañar al triste o al atemorizado el hecho que en estas circunstancias pueda dar rienda suelta a sus pasiones. Aquí el sujeto de nuestro cuidado está fuera del control social, si algo le impedía comportarse de esta o aquella forma ya nada lo detiene, es justo esperar que pueda llegar a hacerse daño, pero, y si esta preocupación no fuera suficiente, tal vez en una sociedad sistemáticamente individualista, la preocupación por el daño que pudiera hacer a la propiedad ajena, la nuestra especialmente, nos movería a cuidarle.

Ahora bien, ¿quién va a cuidar al desprotegido, consolar al triste o entusiasmar al temeroso? ¿Acaso sabe el alegre lo que es la tristeza? ¿El valiente sabe lo que es el temor? Y si lo sabe ¿cómo se entiende con su adverso?

Permitámonos hacer dos observaciones en este momento.

Primero. La ingeniería romana era asombrosa, construyeron edificios que hoy no seríamos capaces de construir con sus mismas herramientas, de hecho es cuestionable que las construyéramos con las nuestras; el Panteón no lo diseñaríamos sin ayuda de un computador, sin embargo fue una obra entre tantas para los ingenieros romanos que se las vieron con los gustos retorcidos (en el mejor sentido del término) de los emperadores, y con las necesidades básicas de la plebe. Construyeron simultáneamente templos más longevos que los dioses a quienes estaban dedicados; acueductos para un suministro de agua ininterrumpido hasta el día de

hoy; calzadas que todavía unen capitales sin usar curvas (se las tuvieron que arreglar porque no conocían la forma de serpentear el empedrado).

Segundo. La medicina moderna es igualmente asombrosa (quizá más asombrosa que efectiva), conocemos más enfermedades que todas las que conocieron nuestros antepasados, muchas de ellas las tenemos estudiadas, sabemos su origen, su desarrollo y su tratamiento, hoy tenemos pastillas para todo, para quien no puede dormir existe su pastilla, pero si le cuesta despertar puede ingerir otra gragea; si un niño es hiperactivo hay una para calmarlo, pero si se calma demasiado otra lo alienta, dosis reguladas para no procrearnos y las mismas para conservar el apellido.

Sin embargo, ni los ingenieros más deslumbrantes, ni los médicos más eruditos tienen una solución confiable, humana, por no decir digna, para dominar las pasiones.

El sabio es quien domina las pasiones, Séneca lo sabe y quiere enseñarlo, quiere llevar a sus discípulos a la adquisición de la sabiduría, por bien propio y por bien de la ciudad. No en vano la filosofía es propia de la ciudad.

Vamos a cuidar al solo, al triste, al temeroso, pero mejor aún, vamos a enseñarle a estar acompañado, alegre y valiente.

1.2 PERO ¿QUIÉN DESEA APRENDER?

Creemos que hay una *condicio sine qua non* para la supervivencia de la filosofía, para el interés particular en ella y para el deseo de ser aprendida (si tal cosa es posible) o enseñada.

Séneca cree que la filosofía enseña a vivir, es decir, que dominar las pasiones es vivir bien, la felicidad. Si bien para Séneca la felicidad no era el objetivo principal podía reconocer que era la motivación inicial de sus discípulos. El objetivo final de Séneca era la virtud, adquirida con el esfuerzo necesario, solo por la virtud, la virtud en cuanto virtud, nada más. No se proponía la virtud para ser feliz aunque el virtuoso es feliz, ni la virtud como satisfacción si bien el virtuoso debería estar satisfecho, definitivamente satisfecho.

Solo quiere aprender a vivir quien se descubre dominado por las pasiones, quien descubre que no sabe vivir. Por eso para acercarse a la filosofía se necesita desnudarse de pretensiones, desembarazarse de conocimientos previos. Quien sabe vivir no necesita la filosofía, que siga viviendo como sabe, pero si por alguna razón descubre que, como creía saber, no es en realidad forma segura de hacerlo bien, que se acerque entonces a la filosofía.

Justo es que el filósofo inste a sus vecinos a disfrutar prontamente de las delicias de la filosofía, no sería propio de humanos descubrir la felicidad y conservarla solo para sí, mientras observa a sus conciudadanos dando tumbos engañados por la falacia de la realidad construida.

Insistamos, no es necesario tanto reconocer que no sabemos filosofía, o que no tenemos conocimientos interesantes y bien dispuestos, como reconocer que no sabemos vivir.

Si alguien pregunta para qué acercarnos a la filosofía, tenemos dos respuestas. La fría y calculadora para quien anide sentimientos similares interesados en la ganancia monetaria, dice que tal vez la filosofía no produzca dinero, lo cuida, porque si cuidamos al desesperado que en un momento de temor y llanto puede acabar con nuestra propiedad, estamos ahorrando dinero, o se la ahorramos a quien nos contrate, por dinero obviamente.

Pero si quien pregunta tiene un deseo personal de acercarse a la filosofía porque un movimiento inicial de su conciencia lo motiva, tenemos otra respuesta. Solo disponemos de una vida y probablemente sea la misma cantidad de opciones para determinar cómo vivirla. Eso dificulta confiar en alguien para que nos enseñe a vivir. Es una apuesta que solo tomamos en serio cuando aceptamos que no sabemos cómo hacerlo y no nos queda otro recurso que confiar. La filosofía nos enseñará a vivir.

Meditamos entonces, sobre quién está capacitado para enseñar a vivir y qué necesita el sabio para enseñar a vivir.

Si no conocemos lo que nos van a enseñar, —precisamente por eso nos acercamos a la instrucción—, ¿cómo saber que quien tenemos por instructor efectivamente sabe lo que nos tiene que enseñar? Tal vez entre conocimientos técnicos comparables entre sí pudiéramos hacernos alguna idea por semejanza, pero en un tema como la vida entera no existe comparación semejante para nosotros mismos, sino solo en el resultado externo de la vida de otros, especialmente la del guía. Es muy dudoso que alguien que no asemeja su vida al resultado que deseamos para la nuestra pueda ser un guía útil a nuestra causa. Así, cada uno buscará quién lo conduzca por las experiencias que desea vivir.

Pero si estamos interesados en la vida en su conjunto y no por adquirir destreza en experiencias aisladas, necesitaremos a alguien probado en toda clase de situaciones y con capacidad de maniobrar en cada escenario imaginable.

Alguien que sea maestro en una industria puede guiarnos para emularla, como el artista que haya logrado el reconocimiento mundial en su arte, podrá enseñarnos, llevarnos virtualmente, desde los primeros pasos a través de toda la suerte de situaciones que haya tenido que sortear, e incluso de muchas otras distintas que no

haya enfrentado pero esté en condiciones de analizar por su experiencia; llevarnos, decíamos, hasta obtener el mismo reconocimiento por nuestras obras.

Pero fuera de las mismas o similares circunstancias no será de fiar porque será tan lego como nosotros. Entonces, con relación a la vida completa, en su entero conjunto, es necesario encontrar otra forma, distinta a ésta inspirada en la emulación técnica, de distinguir las habilidades de quien se ofrece como guía para la vida porque una vez éste haya sorteado todas las circunstancias de la vida necesariamente no podrá enseñarnos más. O lo que es igual a decir que mientras el guía nos instruye no ha terminado de conocer lo que nos enseña.

Séneca propone que la única forma de conocer quién puede enseñarnos a vivir es descubriendo en alguien su habilidad para sortear las peores situaciones de la vida, porque así sorteará todas las demás.

Probaremos, entonces, las fuerzas del sabio en la adversidad. Es allí donde el sabio habrá experimentado sus fuerzas y tendrá certeza que lo acompañan y no solo que se las imagina². Nos encontramos, pues, con una primera utilidad del sufrimiento sin detallar cuál sea su presentación o la forma en que se experimente, descubrimos primeramente que es útil como la oportunidad que tiene el sabio para saber de qué está hecho, cuáles son sus capacidades.

Pero la adversidad no corresponde solo a sabios, se presenta por igual a todos los hombres, y la mayoría de las veces en estadios muy tempranos de la vida donde probablemente ni siquiera el sabio se plantea serlo. Así pues, esta utilidad puede parecer secundaria y sigue quedando el sentimiento de que podría muy bien evitarse o evadirse, ahorrándonos malestares y obviando sabios.

² Ibid., p. 1437

Como las adversidades nos atañen a todos, Séneca quiere ayudarnos a enfrentarlas, y considera que ésta sea una principal utilidad de la filosofía. Y la primera recomendación de nuestro autor, en perfecta armonía con todo su pensamiento, responde al afán de aprender a vivir y al de enfrentar las desgracias, fundamentando que quien sabe vivir, sabe enfrentar las adversidades y quien sabe enfrentarlas, sabe vivir.

Enseña, pues, Séneca que lo primero será ubicarnos en la realidad. Para aprender a vivir tendremos que saber lo que es la vida y diferenciarla de lo que no es, tanto como tendremos que diferenciar las adversidades de lo que no son adversidades.

Así, aprendemos que no debemos preocuparnos por el futuro, pues no existe, no ha llegado, no lo podemos controlar ni lo podemos conocer. El futuro en realidad no es vida ni es adversidad. No estamos viviendo el futuro, y por más real o posible que nos parezca no lo estamos padeciendo, no puede hacernos mal alguno, solo el presente nos corresponde y el futuro solo cuando sea presente nos atañerá.

Con esto no estamos solucionando el problema de la adversidad o el fracaso, pero comenzamos por despejar de la discusión la mayor parte, ya que ubicados en el futuro se multiplican al infinito los problemas, dependiendo, la generalidad de las veces, de la capacidad de la imaginación personal, y eso sin contar con la ayuda de la imaginación popular o del recurso de los amigos.

La primera aspiración de Séneca va a ser vivir la realidad. Tenemos que ponernos de acuerdo. Si queremos aprender a vivir, entonces, tendremos que aclarar qué es la vida. La vida no es aquello que nos imaginamos que sucederá, ni siquiera es aquello que efectivamente sucederá, porque para ser justos eso será la vida, en su momento, pero no lo es. Aunque, si extendemos el deseo de justicia al respecto, tendremos que reconocer que nada sabemos sobre lo que efectivamente

sucedirá, pues todo puede cambiar, muchas son las variables que rodean los acontecimientos que logran alterar ora leve ora inmensamente todo lo que se prevé. Empecemos por reconocer lo que realmente está sucediendo. El futuro depende de muchos caprichos que podrían evitar que eso que tememos suceda.

La propuesta inicial es no preocuparnos, es decir, no ocuparnos con antelación a un hecho o acontecimiento que tememos va a suceder, porque tal vez no suceda. Y aunque suceda no sabemos las consecuencias reales, tal vez nos convenga.

Podemos resumir con las palabras de Enrique Bonete "Todo es incierto, incluso para los que hoy disfrutan de salud y fortuna. Lo que poseemos puede desaparecer en un momento de adversidad y desgracia. Con sabiduría semejante a la evangélica recomienda Séneca vivir el hoy"³, pero agreguemos que la preocupación de Séneca no es si tenemos o no razón, si va a suceder lo que tememos o no, el punto es entonces, vivir la realidad, es el presente lo único que efectivamente tenemos. Para poder aprender a vivir, necesitamos estar ubicados aquí, en la vida real, en lo que de verdad estamos viviendo.

1.3 MÁS PROBLEMAS PARA ENTRAR EN LA REALIDAD...

Adicionalmente a la dificultad que tenemos por vivir lejos de la realidad, Séneca considera la experiencia del comentario de los amigos, lo que tienen para decir aquellos que nos rodean. Porque es cierto que los que nos rodean tienen siempre algo que comentar sobre la situación que observan en nosotros y, también es cierto que nosotros nos vemos condicionados por esos mismo comentarios, mu-

³ BONETE PERALES, Enrique. Muerte, Libertad, Suicidio (I) : La Filosofía como preparación para la muerte. En : Cuadernos Salmantinos de Filosofía. Salamanca. Vol. 29 (2002); p. 441

chas veces más de lo que quisiéramos admitir, y en mayor medida, que por nuestras propias justificaciones u observaciones.

Nuestro autor quiere que no le prestemos atención a lo que dicen de nosotros o sobre nosotros, ya que por encima de los comentarios que podamos suscitar está lo que nosotros sentimos o razonamos sobre nosotros mismos y nuestras situaciones.

La única ventaja que puede ofrecer un observador externo es la aparente ausencia de pasiones en su juicio, pero sería necesario contar con alguien probado en su desapasionamiento y, éste sería el sabio, que sin lugar a dudas preferiría guiarnos a superar por nosotros mismos nuestras pasiones y así emitir un juicio personal beneficioso.

Si nosotros adquirimos la virtud, según la cual estaremos viviendo bien y en todo caso según la conciencia tranquila de Séneca que domina sus pasiones antes de dejarse llevar por los arrebatos del alma, del temor, la intranquilidad o el dolor; si vivimos así, nuestros juicios sobre nosotros mismos serán siempre más acertados y de mayor valor sin lugar a dudas que los juicios de aquellos que nos rodean, los cuales suelen generar la impresión que nuestro mal es contagioso y por ende temido para ellos mismos⁴.

Observamos ciertamente en la realidad cotidiana que muchas veces cambiamos de parecer simplemente por las opiniones de amigos y vecinos. Sin lugar a dudas, el hombre es un ser mimético y gregario, Séneca no lo niega, pero también es libre, libre de escoger su modelo, la sociedad a la que quiere continuar perteneciendo. Aunque, muchas veces, su sociedad sea su intimidad, la única que defenderá sus sentimientos y su percepción de la realidad.

⁴ SÉNECA. Epístola X. De la utilidad de la soledad. Op. Cit., p. 1437

Retomando una idea levemente mencionada diremos que una forma de enfrentarse a los pensamientos de quienes nos rodean es preguntarnos qué sentimos, qué es lo que en verdad queremos y si aquello que mencionan a nuestro alrededor no se debe más al temor de los que nos rodean por experimentar una situación que desconocen desde dentro. Y esto último pudiera ser precisamente indicio de que sus comentarios más que juicios racionales sobre una verdad objetiva sean meros rumores avivados por la imaginación colectiva.

Solo yo vivo la realidad, solo yo la interpreto como yo. Porque, aunque los acontecimientos nos conciernan a un grupo grande de personas, la imposición de *mi* historia que nos hace entrar en el juego de su propia interpretación es totalmente distinta de cada uno de aquellos que nos acompañan.

Hagamos una pausa en este momento para no distraernos del curso de las reflexiones sobre Séneca y la necesidad del sufrimiento.

2. APRENDER A VIVIR...

2.1 ¿QUIÉN PUEDE APRENDER A VIVIR?

Solo puede aprender a vivir aquél que ha descubierto que no sabe cómo hacerlo, o quien al haberlo intentado no le hayan satisfecho los resultados. No pide ayuda quien está contento con lo que hace o, quien sabe cómo hacerlo no pide que le enseñen. Así, el fracaso es aquello que le dirá al hombre cuánto sabe sobre lo que cree saber. El momento donde el hombre descubre el verdadero sentido del camino comenzado.

Séneca indaga sobre el gran problema del hombre: el temor. No es tanto lo que hace sufrir al hombre sino cuánto éste le teme a aquello que lo va a hacer sufrir. Cierto es que los animales ante la inminencia del peligro huyen movidos por temor al sufrimiento, pero, a diferencia del hombre, no lo adelantan. Nuestra mayor diferencia con los animales también nos genera problemas diferentes a los de ellos. La angustia, propia de nuestra capacidad de anticipar, es tan útil para prever situaciones de riesgo y huir de ellas como lo es para paralizarnos por una razón mal instruida y mal disciplinada que se deje llevar, al calor de las pasiones, de la mera sospecha al pánico.

El primer secreto del sabio es no temer al futuro, pero no porque renuncie a su capacidad previsor y se reduzca al comportamiento animal, sino porque el sabio no teme el presente. Si caminamos hacia el futuro cierto de la muerte, tema que trata-

remos más adelante, no obstante el sabio se prepara en el presente: despojándose de todas las vanidades de la vida, va aprendiendo a morir. Es la única forma de explicar la serenidad y la alegría de Sócrates ante la muerte, estaba ya (en presente) preparado para su última hora (en futuro)⁵.

El sabio no se adelanta a temer al futuro porque éste no está sucediendo, la preocupación sí es presente y es eso lo que el sabio enfrenta. Solo cuando el sabio sabe vivir su presente puede convertirse en guía para los demás, porque no los guiará hacia su futuro —tan incierto como el del mismo sabio—, sino que los acompañará en el presente y en el presente les enseñará a vivir.

Puede desear aprender a vivir todo aquel que esté insatisfecho con su vida, pero comenzará por enfrentar sus temores, el temor a la vida misma. Solo aprenderá a vivir quien enfrente con la razón instruida el temor al futuro. Futuro resumido en la muerte.

En el temor ya no somos sabios, lo que tememos se convierte en nuestro amo y gobierna nuestra vida, por lo tanto dejamos de gobernarla. Esta es una idea muy reiterada en Séneca. Bonete Perales anota lo siguiente:

Séneca señala en numerosas ocasiones que quien teme a la muerte, en el fondo teme ya a todo en la vida. Y asevera que es el temor a la muerte lo que nos convierte en seres esclavos, asustadizos e incapaces de vivir con valentía, con serenidad; en definitiva, incapaces de asumir la existencia con sus sufrimientos y nuestro morir con libertad⁶.

⁵ BONETE PERALES, Op. Cit., p. 436.

⁶ Ibid, p. 442

No obstante, Séneca quiere que reaccionemos ante el menoscabo que está haciendo el temor en nuestra realidad, que actuemos ante lo que sería como el terrorismo del futuro sobre nuestro presente. Tal vez los hechos futuros nos vayan a hacer sufrir, pero ciertamente no lo están haciendo. Al hombre pues, le hace más daño el temor al futuro que el futuro mismo, más nocivo es el temor al sufrimiento que el mismo sufrimiento, es así entonces, el sufrimiento del sufrimiento, sufrimos por lo que vamos a sufrir.

Para Séneca el sabio es quien va a enseñarnos a vivir, el sabio formado por la filosofía, quien ha alcanzado la sabiduría con los recursos que puso a su disposición la filosofía, recursos que Séneca quiere compartir.

La filosofía nos enseña a llevar la vida, a dominar el espíritu, a controlar las pasiones. La filosofía, dice Séneca, no la vamos a utilizar como ocio, no es un divertimento para ociosos, una actividad de distracción, decimos pues que, la filosofía es tan seria como la vida misma porque a ella está ordenada, por eso regula sus acciones, forma el espíritu, ordena la vida, la filosofía principalmente sale al paso de lo que realmente necesitamos, allí donde nada más puede repararnos, en los pasos peligrosos de nuestra vida será la filosofía la que empuñe el timón⁷.

El sabio lo reconocemos porque sabe llevar su vida en los pasos peligrosos como lo hemos dicho; porque ha demostrado su fuerza en la adversidad. Pero, no quiere Séneca que olvidemos que sólo la filosofía ha logrado esto en el sabio.

A primera vista podría parecer que, dada la forzosidad de la muerte, al ser humano no le queda más remedio que acatar la ley coactiva y universal del Destino, de la Naturaleza, de Dios, de la

⁷ SÉNECA. Epístola XVI. De la Utilidad de la Filosofía. Op. Cit., p. 1443

Biología o de la Genética ¿Cómo ser libre ante la imposición ineludible de la condena a muerte?⁸

Pero Séneca cree rotundamente en la razón, es ella la que nos diferencia de los animales, una razón previsor, pero una previsión tal que no pueda atemorizarnos, de otra forma sería una razón mal educada. Séneca quiere educar la razón, siempre con la filosofía, para que sea ella la que guíe nuestra vida. Nunca nos abandonará si la cultivamos, incluso nos ayudará a someternos a los dioses voluntariamente.

A simple vista es una cosa de entre las más curiosas de las cuestiones de Séneca: una razón que en pos de la libertad somete la voluntad, pareciera paradójico, pero no para Séneca, él sabe muy bien que solo la iluminación de la razón da a nuestros actos el carácter de humanos. Tal vez muchas de nuestras actividades diarias sean equiparables a cualquier otro ser vivo en la naturaleza, cada actividad en particular o varias en conjunto pudieran ser comparadas, pero lo que da la certeza de su humanidad es solo la intención racional de los actos.

Someterse a Dios es someterse a una fuerza desconocida, superracional o irracional según se prefiera, lo admirable aquí es que para Séneca la razón ordena incluso las relaciones que la superan. Séneca se refiere también en este punto a resistir constantemente los azotes de la fortuna, dando cabida a aquellos que no crean en otros dioses distintos a los naturales, porque es natural observar cómo la vida cambia sin mayor aviso, unas veces para bien otras para mal, pero la razón se ubica por encima de estas situaciones para levantarnos en momento de adversidad o para no dejarnos arrastrar por las pasiones incluso en momentos de bienestar.

⁸ BONETE PERALES, Op. Cit., p. 421

Entonces, nos sometemos a lo irracional de forma siempre racional, no hay excusa. Aún el soldado más fiel se somete voluntariamente a las órdenes de su comandante; no somos animales entrenados. No obstante muchos fanatismos —religiosos y políticos—, empresas, incluso esposas y maridos quisieran personas sometidas sin ningún ejercicio racional; o muchos quisieran estar dominados para no ejercitar su razón.

Podemos someternos, incluso al destino por un proceso racional, por una decisión personal, y ahí somos libres, no movidos por supersticiones o por temores infundados sino exhortados por una razón educada en la filosofía.

2.2 ¿CUÁNDO EMPEZAR Y QUÉ HACER?

Séneca afirma que es importante abrazar la filosofía prontamente, no hay disculpa por edad, por situación económica, condición social, por cultura o conocimientos, la filosofía debe abrazarse sin dilación, es para todos aquellos que deseen aprender a vivir, y si bien es cierto que muy probablemente el viejo ya tenga claro que no sabe vivir, el joven también, por experiencias ajenas que lo seducen a buscar otras formas más acordes a sus aspiraciones juveniles, puede desear aprender.

Desagradable -dirás- tener siempre la muerte delante de los ojos; pero los jóvenes deben tenerla tan presente como los ancianos, porque no se nos llama por turno, y además nadie es tan viejo que no pueda esperar vivir un día más⁹.

⁹ SÉNECA. Epístola XII. De las Ventajas de la Ancianidad y de la Disposición a la Muerte. Op. Cit., p. 1435

En todo caso, no hay que pretender que la vejez sea la edad propia para la filosofía o que la juventud lo sea para despreciarla, porque muy bien el viejo podría en realidad desesperar al ver que después de tantos años en realidad no sabe vivir, y porque nunca se es suficientemente joven para morir.

Con relación a este afán que se debe tener por acercarse a la filosofía hace Séneca, quizás, la primera recomendación práctica, actualizando de alguna forma este adjetivo. Es un ejercicio práctico tangible; ya no nos quedamos solo en la disertación o el análisis. Ahora comienza a dar claves de conducta al nuevo discípulo que se acerca a la sabiduría.

Lo primero que debemos hacer para acercarnos a la sabiduría, es despreciar las riquezas. Tal vez sea éste el tema más interpretado y moderado del filósofo. Siempre retumba la queja por su cuantiosa fortuna y su ovípara vida de la que él mismo hará mención y sentirá pena en sus cartas finales. En todo caso manifiesta una sabiduría proverbial.

De la misma manera que importa poco que acuestes a un enfermo en lecho de oro o de madera, porque en uno y en otro le acompaña la enfermedad, así importa poco que un ánimo enfermo se encuentre en medio de riquezas o en la miseria, porque su mal le seguirá a todas partes¹⁰.

Así, a quien no sabe vivir, aquél que lleva una vida sin sentido, puede proveerse todo tipo de comodidades y regalos, que su ánimo, el verdadero problema que afronta, seguirá enfermo, peor aún, descuidado.

¹⁰ SÉNECA. Epístola XVII. Debe abrazarse sin Dilación la Filosofía. La Pobreza es un Bien. Op. Cit., p. 1445

Podría plantear alguno astutamente, que si da lo mismo estar entre abundancia a pasar necesidad para el estado de ánimo, siempre será mejor entonces, sufrir en medio de la abundancia en vez de sumarle las angustias de la miseria a las penas que ya se estén sufriendo. Defendamos que Séneca no proclama un abandono de las riquezas como finalidad de la vida, ni pretende condenar las posesiones al punto de declarar un mendicantismo general, pero niega con valentía la pretendida tranquilidad de la abundancia. Afirmando inclusive, entonces, que la misma abundancia lejos de satisfacer al hombre lo aleja de su natural búsqueda por el sentido de la vida para convertirse en consumidor irracional.

Propone puntualmente que la experiencia de la pobreza es más benéfica para alcanzar sabiduría que la abundancia material, y que quien se encuentra entre riquezas se hace necesario para ellas, lo cual le impide el acercamiento a la filosofía totalmente.

El que necesita las riquezas teme perderlas; ahora bien, el goce de una cosa que causa pena no satisface al propietario; constantemente quiere aumentarla, y mientras piensa en el aumento, no atiende a gozarla; ríndese cuentas a sí mismo; litiga, registra su diario, y de dueño se convierte en administrador¹¹.

Por ahora, inicialmente quiere Séneca tranquilizarnos con relación a las riquezas para acercarnos a la filosofía. No son necesarias. No es impedimento carecer de muchos bienes, en realidad, no es impedimento carecer de todos los bienes para acercarse y aprovechar la guía de la filosofía. Ella espera y atiende a todos los hombres en todos los géneros de vida.

¹¹ SÉNECA. Epístola XIV. Cómo se ha de amar al Cuerpo. Op. Cit., p. 1439

Quiere Séneca hacernos entender que la vida no cobra sentido por la abundancia de las riquezas, pudiera ser más bien que por afán de las riquezas se descuidara o despreciara la instrucción que se recibe y hasta la propia vida.

Si para reconocer al sabio nos hemos de fijar principalmente en la integridad de vida, es porque la filosofía enseña principalmente a obrar no a hablar, no es un recurso para oradores que probablemente no tengan idea sobre qué hacer con su propia vida.

Entonces, experimentar la pobreza es un recurso pedagógico deseable. Porque es cierto que solo quien ha dormido al descampado sabe el valor de un techo, pero si además sabe del techo endeble que puede costarle la vida, pasará la noche bajo lluvia con tranquilidad y sin temor.

Siendo que la filosofía nos enseña principalmente a obrar, lo primero que hará será conducirnos a concordar nuestras palabras con nuestras obras, sea que integremos nuestra vida de tal forma que lo que hablemos sea lo mismo que hagamos y pensamos.

El que quiere aprender a vivir ha de buscar, luego, alguien de probada virtud, no habilidoso en palabrerías y sofismas, sino alguien que haya probado sus palabras principalmente en la adversidad donde, como hemos dicho, no quedará duda de cuáles sean sus fuerzas.

2.3 ¿Y ESO ES TODO?

Vuelve Séneca a su preocupación inicial más importante, si queremos aprender a vivir primero tendremos que ubicarnos en la realidad, tan resbaladiza. Estamos

dados a vernos a nosotros mismos totalmente fuera de lo que realmente somos. Sea porque tenemos una imagen propia muy elevada o porque la tengamos muy humillada, nos es difícil ubicarnos en lo que vivimos realmente, sumándole a ello la total inconciencia sobre quiénes somos. Aquellos que nos rodean difícilmente sean un referente sólido y firme donde podamos conocernos, si bien nos prestan una ayuda invaluable como lo descubre Séneca cuando sus siervos y sus propias posesiones le muestran el recorrido de su vida¹². Pero, los demás también están sumidos en sus propias ilusiones de la realidad. Solo el sabio que se ha enfrentado a quién es, ciertamente sabe distinguir su realidad de lo que se imagina o de lo que imaginan los demás. Por eso la concordancia entre lo que decimos y lo que hacemos demuestra una profunda sabiduría.

Para aquellos que están esperando que la filosofía los convenza de su utilidad, antes de decidirse a acercarse a ella, Séneca tiene palabras tajantes, –antes que crueles, honestas— y sitúan a la filosofía en su lugar. A veces, en especial en un mundo tan tecnificado y especializado, pareciera que la filosofía tuviera que justificar su lugar en la academia o, peor aún, en los centros de opinión. En realidad, para Séneca “la filosofía debe elegir el camino seguro, y elegir aquellos que pueden aprovechar sus consejos, abandonando aquellos otros de quienes nada espera”¹³.

En la filosofía de Séneca es importante reconocer que quien quiere aprender a vivir ha de recibir consejos. No hay otra forma, así como puede escoger el modelo al que quiere semejar, debe entender que en momentos necesitará de una dirección, tan sencillo como reconocer que si no sabe lo que debe hacer no puede pretender guiarse a sí mismo. Esta aclaración se contextualiza en el ejemplo que Séneca nos ofrece en la Epístola XXIX sobre su propio amigo Marcelino. Parece que este tal Marcelino había estado unido a la filosofía y la había abandonado por

¹² SÉNECA. Epístola XII. De las Ventajas de la Ancianidad y de la Disposición a la Muerte. Op. Cit., p. 1435

¹³ SÉNECA. Epístola XXIX. De la Oportunidad en los Consejos. Op. Cit., p. 1469

intereses personales. Si bien Séneca encuentra la oportunidad especial para escribirnos como ejemplo, realmente está interesado en recuperar a su amigo. Solo que es una ocasión para amonestarnos sobre la verdadera utilidad de la filosofía.

De todas formas, Séneca se ubica como el que va a dar consejo a su amigo, pero es un consejo particular, la situación no es precisamente cómoda y el consejo debe ser oportuno. El que aconseja no puede esperar que el vicio se convierta en costumbre porque todo estará perdido, ni puede temer arriesgar su vida y sus convicciones para ayudar a quien teniendo esperanzas de curación está necesitado.

Ciertamente hay quienes desprecian de tal forma la sabiduría que no hay cómo ayudarles pero el intento hay que hacerlo. Regularmente cargando con el lastre dejado por hombres que abusando de la filosofía han dado mala imagen de ella. Hombres que por lo general se han desviado en preocuparse más por su sustento y su comodidad que por la sabiduría. Creen que es más importante conseguir con qué sustentar la vida que aprender a vivirla, pero no contentos con considerar sus conclusiones para sí mismos se empeñan en desviar a los demás o en aprovecharse de los profanos.

Estos tales son los que dan pie para que quienes honesta pero incautamente se alejan de la sabiduría se empecinen en no regresar, despreciando la instrucción recibida y la vida misma, porque su situación termina siendo incluso peor que al principio cuando al menos tenían esperanza de encontrar guía para su vida. Ahora han concluido que no hay forma de vivir bien y terminan tratando de vivir lo mejor que puedan consintiendo sus placeres sin saciarse, "Observa a estas personas y verás que ríen y se afligen con exceso y casi al mismo tiempo"¹⁴.

¹⁴ Ibid. p. 1469

El sabio debe estar firme en su sabiduría, pero no puede pretender pasar por alguien estimado, al punto que no pueda ser amonestado por otro sabio, porque precisamente no hay exclusiones a la hora de recibir consejos y es de sabios aceptarlos. Mientras reciba consejos podrá acercarse sin temor en ayuda del descarriado porque tendrá oportunamente quien le ayude a él si sucumbiera.

Sin embargo, tengamos presente que la filosofía debe preocuparse solo de aquellos que pueden sacar provecho de ella, si alguien no está en condiciones de aprovecharla ella no tiene porque desgatarse en conquistar a los hombres. Como ya lo comentamos, solo los hombres necesitados de aprender a vivir la valoran. Si alguien decide seguir viviendo como lo ha hecho siempre, no es menester ocuparse de convencerlo de otra cosa.

Termina despreciado por la sabiduría quien la desprecia y se pierde la oportunidad de experimentar la libertad de no depender de los demás como estamos acostumbrados a vivir. El que se ocupa de la filosofía solo deberá dedicarse en estar bien consigo mismo y ya no en agradar a los demás. A tal punto que el sabio no teme ni a los hombres ni a los dioses porque nada puede perturbarlo, ya que la adversidad que pudiera temer, bien sabe que puede vencerla o terminarla.

Vamos descubriendo con Séneca para qué sea importante la filosofía y así avanzamos en nuestra pregunta por la necesidad del fracaso en su filosofía. Siendo el sufrimiento algo que cada vez más deseamos evitar, Séneca tiene que sustentar muy bien la utilidad de su filosofía si es que el fracaso en ella es necesario.

Séneca plantea que la ignorancia de los defectos no elimina sus secuelas, el dominio de las pasiones no se cancela simplemente por desconocerlo, quienes no

conocen sus defectos es “porque aún le dominan. Necesario es estar despierto para referir los sueños”¹⁵.

Solo quien conoce sus pasiones puede aspirar dominarlas, pero quien las niega o esconde no ha descubierto el verdadero dominio que ejercen sobre él y las devastadoras consecuencias para su vida o, incluso pudiera ser que las desea y procura porque en realidad cree que son la mejor forma de vivir. “Solamente puede despertarnos la filosofía; ella sola puede disipar nuestro profundo sueño”¹⁶, sueño engañoso por cierto, ya que nos puede hacer creer incluso que dominamos nuestras pasiones.

Solo quien descubre el dominio de las pasiones y sus consecuencias valorará la guía que la filosofía presta a su vida, éste no solo ha reconocido que no sabe vivir sino además que no puede hacerlo solo, necesita siempre del consejo y guía del sabio.

Entonces, así, y solo así, el fracaso y el sufrimiento que éste supone pueden ser verdaderamente enfrentados, ya no disimulados o negados, sino, conscientemente desarticulados. Es tal la fuerza de la filosofía que logra darle al hombre débil la tranquilidad de Dios¹⁷.

Solo podremos reconocer que un espíritu ha comenzado a sanar y a dominar sus pasiones si comienza por reconocerlas; el sabio conoce perfectamente las pasiones que le acechan, las cuales ha puesto bajo el señorío de su razón.

¹⁵ SÉNECA. Epístola LIII. Muchos ignoran sus Propios Vicios: La Filosofía se los muestra y sana. Op. Cit. p. 1517

¹⁶ Ibid., p. 1517

¹⁷ Ibid., p. 1517

3. ¿FRACASO?

3.1 FRACASAR INTENTÁNDOLO

Una vez hemos descubierto que no sabemos vivir y nos acercamos a la filosofía para que ella sea la que nos guíe iluminando nuestra razón lo primero que tendremos que hacer es enfrentar el fracaso que nos ha llevado a ella. El fracaso de nuestra vida ha provocado en nosotros sufrimiento y dolor, pero se llega allí por el desenfreno de las pasiones, que son difíciles de contener. No en vano advierte Séneca sobre la voluptuosidad, pues ésta “se precipita por pendiente natural al dolor si no te contiene”¹⁸. Y difícil es contener lo que parece bueno y agradable.

Comentamos, no sin temor de ser criticados por María Zambrano, cuando, hablando de autores antiguos que una vez se perdieron para luego aparecer de nuevo trayendo un saber regenerado, afirma, que ese saber “se nos aparece cargado de significaciones como si fuese la cifra de todo lo que nos sucede”¹⁹. Porque fácilmente se descubre en nuestra moderna sociedad que muchas circunstancias de vida quedan referenciadas indiscutiblemente por las palabras de Séneca.

Pareciera que la acción reflexiva de contener fuera inhumana, coercitiva de toda libertad. Nuestra sociedad pareciera evitar a todo costo *contenerse*, tantas veces

¹⁸ SÉNECA. Epístola XXIII. En la Filosofía existen Verdaderos Goces. Op. Cit., p. 1453

¹⁹ ZAMBRANO, María. El Pensamiento Vivo de Séneca. Buenos Aires : Losada, 1944. p. 22

los excesos a los que nos vemos expuestos en las celebraciones públicas de cualquier calibre responden solo al hecho de no ser loable detener los jolgorios. El hombre de hoy quiere, esencialmente, entretenerse. Si alguna vez quiso conocimiento, salvación o trascendencia, hoy quiere ser entretenido. Las clases en el colegio y en la universidad deben ser divertidas, las explicaciones del doctor en una consulta médica deben ser agradables, las exposiciones de negocios a los nuevos gerentes tienen que estar llenas de presentaciones multicolores y acompañadas de sonido ambiente, si pudieran amenizarse con aromas relajantes mejor aún. Hoy el hombre quiere más y más atención a sus sentidos, a sus pasiones. Contenerse de comprar, probar, visitar, experimentar no tiene cabida en el mundo actual porque contrasta con la sed de diversión, manifestación irracional de la libertad.

Una búsqueda por satisfacer nuestros sentidos que cada vez más redundante en grandes displicencias. Tal vez, solo tal vez, entre más nos aplicamos a evitar el dolor y el sufrimiento, más insatisfechos quedamos y menos sentido tiene nuestra existencia.

Pero ¿qué dices Séneca? ¿Acaso pretendes que quien quiere dejar de sufrir comience por inflingirse tal barbaridad? Porque dominar las pasiones, entonces, no significa otra cosa que abrazar la continencia. Por eso, tan pocos se acercan a la filosofía, ni quisieran cultivar su razón, parece difícil ser hombre. Pero para aprender a dominar las pasiones es necesario una buena conciencia, quizá contenerse no sea tal sacrificio sino la natural prueba de cuáles sean las intenciones que nos mueven, pero igual, esta buena conciencia se consigue por los buenos consejos y las acciones virtuosas, aunque acompañadas por algo que tal vez produzca el mismo escozor que la continencia y es el despreciar lo fortuito²⁰.

²⁰ SÉNECA, Epístola XXIII. En la Filosofía existen Verdaderos Goces. Op. Cit., p. 1453

Aparece entonces, otro punto importante en la filosofía de Séneca a la hora de querer saber qué debemos hacer una vez nos dejamos guiar por la filosofía, una vez queremos aprender a vivir. Y es el hecho de vivir tranquilamente una vida constante. No hay algo tan perjudicial para la adquisición de la sabiduría que cambiar constantemente de género de vida. Vemos fácilmente cómo la sed de diversión mueve al mundo actual en un afán de experimentar siempre algo nuevo no permitiéndose reflexionar sobre lo que ya se ha experimentado. Parece como si la vida consistiera precisamente en cambiar de vida. Y tantas veces es prueba de una mala vida quien siempre ha permanecido en el mismo lugar, de quien se cree que no ha progresado. Aunque también es cierto que esto plantea actualmente una contradicción desagradable. Porque en ciertas circunstancias es preferible haber permanecido en el mismo sitio. No queremos sonar oportunistas, pero hoy conservar siempre el mismo trabajo es un verdadero logro, o en sociedades como la norteamericana del primer lustro del siglo XXI permanecer en la misma vivienda toda la vida es más que un lujo. No obstante el afán por diversión nos obliga a desear cambiar, lo que sea, mínimo si se quiere, consideremos los famosos propósitos de año nuevo, ¿alguien se propone seguir igual? El punto es cambiar. Sin embargo, insiste Séneca que quien no es constante no puede estar preparado para enfrentar la vida, de la misma forma que no puede estar preparado a la muerte el que acaba de empezar a vivir.

Según esta costumbre de nuestro siglo de cambiar constantemente, bien puede ser que la primera tentación que se nos presenta cuando descubrimos que no sabemos llevar nuestra vida es cambiar de residencia: salir de vacaciones, ir a la playa, a la montaña, a la nieve, hacer una excursión, o definitivamente comenzar a vivir en otra ciudad, lejos de aquello o aquellos que nos demostraron que no sabíamos vivir.

Séneca nos advierte que no es verdad, el cambio no ha de ser externo sino interno, no son las cosas que nos rodean las que determinan nuestro género de vida

sino nuestro espíritu el que descubre la vida y la disfruta o la desprecia. Es un espíritu enfermo el que no puede saborear los goces de la existencia, como quien no tiene papilas gustativas no podrá apreciar los sabores ni distinguir entre lo dulce y lo salado.

Similar a la máxima evangélica, lo que daña al hombre no es lo que entra en él sino lo que sale de su corazón. Así, la filosofía pretende cambiar el espíritu del hombre y por eso, para ello no hay excusa, no puede alegarse escasez de recursos porque ya no es necesario desplazarse o incluso alejar a los que nos rodean para poder dar descanso al espíritu y sanarlo.

3.2 NO OBSTANTE, SÍ HAY ALGO PARA CAMBIAR

Tengamos presente que el mundo no existe, como tal es la percepción que hacemos de él. Asegurémonos que en el mismo día lluvioso dos personas se encuentran en las mismas circunstancias, sea, ambas al descubierto o ambas al amparo de la lluvia y el frío, y seguramente para cada uno la apreciación del día será totalmente diferente que para el otro. De igual forma sucede con cada circunstancia en la vida. La *physis* que nos rodea y nos constituye está sometida a nuestra interpretación. Por eso en primera instancia tendremos que ocuparnos por el interpretador o el procedimiento que usa, antes que del mundo que interpreta.

Cierto es que existen circunstancias o actividades que mejoran o empeoran el ánimo, pero para un espíritu enfermo son indiferentes, si no se sana el espíritu no disfrutará de las buenas situaciones y un espíritu sano no se afectará por las malas circunstancias.

Lo que enferma al espíritu es el temor, cuando tememos cargamos con lo que no está sucediendo además de lo que sí sucede. Necesitamos aligerar nuestro espíritu del peso que lleva para poder encontrar, entonces, placer en cualquier lugar donde nos encontremos.

Entre tantas cosas que pudiéramos temer lo que más tememos es el fracaso. Fracasar en el proyecto que nos empeñamos es más aterrador que las consecuencias nefastas del mismo si éstas están anticipadas. Fracasar en la vida supone haberla desperdiciado y por todos los medios nos ocupamos de evitar que nuestras acciones sean insustanciales o por lo menos de no tenerlo que descubrir. Cuando tememos perder algo que hemos adquirido o equivocarnos en algo que hemos comenzado a hacer, entonces, el medio se convierte en nuestro fin.

Pasamos, entonces, de gobernar nuestra vida a administrarla en función de las pasiones. Nuestras preocupaciones se centran en la forma de conseguir calmar nuestro apetito, que entre otras cosas nunca se sacia. Cuando el placer por pasar los alimentos por la gola y sentir su textura en el paladar se convierten en el objetivo no habrá problema en descuidar la salud del cuerpo ahora desequilibrado con tal de poder seguir disfrutando de los platillos que nos seducen.

La lección que administra Séneca a quien comienza a aprender a vivir es atacar radicalmente el deseo de satisfacer los sentidos pero no por un odio irracional al cuerpo, sino porque todavía puede estar a tiempo el aprendiz de evitar que lo que comenzara como vicio se convirtiera en manía. Toda acción repetida se convierte invariablemente con el tiempo en costumbre y lo que se convierte en costumbre ya no se puede corregir, no en la misma persona.

Además quien comienza a darle gusto a sus sentidos, a alimentar su placer, se dedica a algo que en principio parece evitable, tal vez allí radica el peligro, al creer

que podemos dejar de hacer lo que estamos haciendo nos animamos a continuar, y lo que comenzara como “superfluo se ha convertido en necesario”²¹.

Este descubrimiento es oro puro, solo por esto vale la pena acercarse a Séneca, así sea con mirada utilitarista e interesada. Refiriéndonos a los mínimos digamos que es valioso sea para quien quiere explotarlo en los demás o para quien quiere cuidarse de ser explotado. Así lo han descubierto muy bien las grandes compañías dedicadas al comercio de bienes y servicios que al verse necesitadas de renovar constantemente sus productos para poder aumentar sus arcas, se han dedicado a mercadear cuanto dispositivo imaginan creando primero la necesidad y luego satisfaciéndola. Nadie niega que tener un teléfono celular hoy sea necesario, hay una y mil razones para considerarlo de primera necesidad, cuando la mayoría de las circunstancias en las que puede encontrarse un usuario son las mismas en las que se encontraría antes de la aparición del invento. Comienza una carrera por crearle accesorios a los accesorios tratando de convertir en necesarios los segundos. Hoy es necesario tener un computador para poder acceder a la Internet, pero es necesaria la Internet para poder hacer parte de una red social, y se hace indispensable participar de una red social para poder preguntar qué tipo de computador se debe comprar.

El sabio avisado de no dar rienda suelta a sus pasiones y preocupado por no alimentar sus placeres estará alerta de distinguir sereno lo realmente indispensable. Volvemos al punto de partida de Séneca: si queremos aprender a vivir tendremos que esforzarnos por descubrir y defender lo que realmente es la vida, aquello que realmente debemos atender, no sea que nos enfrentemos a un fracaso y derrochemos nuestras energías en resolver adversidades que no son más que espejismos.

²¹ SÉNECA. Epístola XXXIX. De los Inconvenientes de las Grandes Fortunas. Op. Cit., p. 1489

Otro consejo de Séneca para quien pretende dominar sus pasiones es dedicarse a estar ocupado, cualquier oficio es útil para este fin, puesto que quien se ocupa no tiene tiempo para pensar en placeres. De esta forma se atacan los vicios, puesto que en la ociosidad es donde se desarrollan. Tendremos que aceptar que es radical y diametralmente opuesta esta postura de Séneca a los intereses de nuestro tiempo, pero no son desconocidos nuestros afanes para Séneca porque tanto en su Roma como en nuestro Occidente la vida pareciera encaminada a la consecución del descanso. El objetivo de todos nuestros afanes es llegar y descansar. Trabajamos toda la semana para poder descansar el fin de semana. Las fincas de recreo son las ilusiones más tentadoras para animar las horas de trabajo, podemos observar el multimillonario negocio de los tiempos compartidos donde la gente asegura una semana (o varias) al año para descansar, la más de las veces descansar, si se logra, del trabajo que supuso poder pagar por el tiempo compartido.

En definitiva, también entendemos el mismo descanso de forma distinta a como lo entiende Séneca, el descanso entonces no es el cese de toda actividad para poder dedicarnos a satisfacer nuestros placeres. En Séneca tal tiempo no ha de sernos permitido, siempre estemos ocupados, cambiemos de actividad si queremos descansar de la que estemos realizando, hagamos algo si nos apresuramos a combatir nuestros vicios, que nunca dan tregua.

Además, pretendiendo encontrar situaciones o lugares que motiven y propicien el descanso para poder alimentar nuestros placeres no hacemos más que lo que ya hemos dicho, caer en creer que si cambiamos de lugar cambiaremos de vida. Séneca afirma a Lucilio que de nada le servirá el silencio exterior si sus pasiones se agitan en su interior, aunque huyamos al bosque para evitar el ruido de la ciudad, nuestros ruidos interiores nos acompañan a todas partes y son los que no dejan

tranquilo nuestro espíritu, agitado en definitiva por los gritos de los sentidos exigiendo ser contemplados²².

Las pasiones pueden desordenar la vida más juiciosa. Aunque poseamos más de lo necesario, harán gratificante el solo hecho de conseguir y la avidez dominará nuestros afanes, o si teniendo estuviéramos satisfechos nos asalta el temor a perder lo adquirido al punto de quitarnos cualquier momento de tranquilidad, empujados si no, a acumular cada vez más para asegurarnos no perderlo por lo menos y no descubriremos en la avaricia el principio de nuestros males.

²² SÉNECA. Epístola LVI. En Todas Partes puede estar Tranquilo el Sabio y dedicarse al Estudio; y, al Contrario, el Malo está agitado en Todas Partes. Op. Cit., p. 1543

4. ¿CÓMO ENFRENTARLO?

4.1 ENFRENTANDO EL FRACASO

Por eso la verdadera tranquilidad solamente se encuentra en la buena conciencia, la preocupación entonces será comenzar por ocuparnos en algo que nos ayude a desterrar los vicios al no darle ocupación al deseo de alimentar las pasiones, que no procuran otra cosa que alejarnos de la realidad. Con ellas pretendemos negar nuestra insatisfacción con la vida, que hemos fracasado en nuestro intento de llevarla bien y la insatisfacción nos persigue como la sombra.

Ya que hemos descubierto la necesidad de ser guiados en cómo llevar nuestra vida comencemos por perder el miedo al fracaso que adivinamos y enfrentemos la realidad como es sin esquivarla atontando la razón con la exacerbación de los placeres.

Solo después de enfrentar la realidad y no temer el fracaso que descubrimos podemos aspirar a una verdadera tranquilidad que solo nos proporciona la filosofía, pero la buscábamos ingenuamente en el deleite de los sentidos que le huyen a lo mismo hacia donde se encaminan. Es la filosofía la única que por fin podrá darle tranquilidad a nuestra alma al propiciarnos una recta conciencia después de enseñarnos a dominar nuestras pasiones.

Insistamos que al creer en la necesidad de cambiar de lugar o modificar nuestro entorno para poder encontrar la tranquilidad del espíritu nos engañamos, en cambio, asegura Séneca, descubriremos que estamos tranquilos cuando los ruidos externos no nos afectan. El temor ante la idea de fracasar no podrá intranquilizar nuestro espíritu, ni el embate de ninguna otra pasión nos preocupará.

Es ésta la característica del sabio de Séneca. Solo el sabio alcanza la tranquilidad y nada habrá que lo sobresalte, allá dirigimos nuestros pasos cuando nos acercamos a la filosofía. El sabio buscará guiarnos a la tranquilidad del alma que solo logra quien practica la virtud. El sabio termina dominando sus pasiones y el efecto que produce su entorno sobre sí mismo.

Con el pragmatismo romano de Séneca lo que nos mueve hacia la filosofía es haber descubierto su utilidad. Y esto solo sucede después de darnos cuenta que no sabemos vivir y necesitamos una guía segura para aprender. La filosofía se presenta como esta guía porque hace referencia a la razón, la única gran diferencia que tenemos con relación a los demás seres, así que la razón será la única forma de enfrentar una vida que se plantea diferente a la de los otros seres que nos acompañan.

Esta razón diferenciadora tiene una característica fundamental: su capacidad de previsión. Solo nosotros adelantamos el peligro inexistente, calculamos probabilidades y medimos consecuencias, y esto no solo en nuestros actos sino incluso lo calculamos en los actos de los demás.

Pero esta característica puede jugar en contra nuestra, puesto que lo que comienza como un rumor termina paralizándonos de forma que nuestra situación se compromete aún más. De un lado hemos descubierto que no sabemos manejar nuestro presente, y esto mismo además, nos hace calcular por el otro lado que nuestro futuro es deprimente.

Podríamos, y tal vez hay quien lo hace, dedicarnos a pensamientos exclusivamente alentadores, donde nuestro futuro sea solo favorable, pero la realidad de los acontecimientos se presenta siempre y cada vez como una tortura de la verdad, donde hay situaciones que invariablemente son contrarias a lo que deseamos o creemos que debieran ser. De alguna forma el fracaso aparece ante nosotros.

Esta misma situación no es ajena a la filosofía, y por ello, ella misma se enfrenta con coraje a su propio fracaso. Porque si la filosofía se preocupa por enseñarnos a vivir, y por hacerlo bien, no de cualquier forma, cómo se explica el hecho de que hagamos lo que hagamos y sin importar cuánto nos esforcemos, la vida se acaba, y de la misma forma para quien se ocupa de vivirla bien y para quien no.

La muerte es sin duda el principal y el primer fracaso de la vida, principal porque acaba con todo escenario para cualquier otro fracaso previsto o comenzado, y el primero porque la posibilidad de morir es la única que tienen en común todos los recién nacidos, sin importar su condición social, lugar de nacimiento, sexo, raza o cualquier otra variable. Y así permanece todo el resto de vida hasta que se cumple. La muerte nos habla de que la vida termina, la vida como la conocemos y la entendemos fracasa. El fracaso dice al ser: "no eres".

Esto de la muerte y sus consideraciones siempre son un tema espinoso y termina siendo espeluznante, permitámonos un ejemplo más alegre que no nos aleje del tema central que no es otro que la utilidad del fracaso.

Una de las experiencias tal vez más gratificantes de la infancia es practicar algún deporte con nuestro padre, o bajo su tutela, por lo menos si no fue gratificante siempre deja un recuerdo indeleble, quizá los que tuvieron la fortuna de practicar un deporte acompañados por sus padres recordarán cuando les decían segu-

ramente *hay que saber perder, lo importante es competir* o alguna variación con significado similar.

Esta frase y su significado fueron los mismos y prevalecieron en la mente de todo infante hasta cuando su padre perdió la compostura y mutó la fisonomía de su rostro el día que fueron derrotados en el juego importante, la clasificación a las finales, la misma final, o simplemente cuando perdieron diez partidos de once.

El padre bien podía creer la frase que espetaba a su hijo cada vez que lo acompañaba, pero solo el día que sufrió y experimentó el fracaso de sus esfuerzos puede descubrir que lo que creía no era cierto.

Mejor aún, no es necesariamente falsa la frase que el padre honestamente enseñaba a su hijo, lo falso del asunto, permítase la frase, es que el padre no creía en realidad lo que creía creer. El fracaso ha venido a mostrarle al padre que sus pensamientos profundos no eran aquellos de los que él estaba convencido.

De igual forma la muerte se presenta diciéndonos que lo que creíamos no es así, toda nuestra preocupación por aprender a vivir o por vivir como sea, termina en la muerte.

La pregunta que ronda la muerte y a la cuál ha de hacer frente la filosofía para cada persona se podría resumir diciendo que si la vida se acaba qué sentido tiene insistir en seguir viviendo. La muerte nos pregunta para qué hemos vivido, y para qué queremos seguir viviendo.

Llegamos así al núcleo de la filosofía, a la pregunta fundamental. "La muerte es el genio inspirado, el Muságetas de la filosofía... Sin la muerte difícilmente se hubiera filosofado"²³. Es cierto que las preguntas son varias y todas tan misteriosas, pero ninguna tan importante. Saber de dónde venimos, para dónde vamos, quiénes

²³ SCHOPENHAUER, A. El Amor, las Mujeres y la Muerte. Madrid : Edaf, 1979. p. 81

somos, qué hacemos aquí, ¿no son meras variaciones de la pregunta para qué vivimos? Con el paso del tiempo y la sucesión de las generaciones pareciera que vivimos para vivir, nuestro instinto de conservación lo demuestra. Y entonces, descubrimos que todo comienza cuando nos preguntamos ¿Para qué morimos? ¿Esto por qué se acaba? Entonces no era cierto que habíamos nacido para vivir, si fuera así, siempre viviríamos, sin esfuerzo, de natural. Pero acaso, ¿nacimos para morir? Y ¿qué sentido tiene?

Séneca no responde a estas preguntas directamente, en realidad, pareciera que no las responde para nada, y más bien dependiera de un ejercicio de interpretación. El hecho es que solo quien se ha enfrentado al fracaso puede comenzar a hacerse estas preguntas y solo después puede esperar tener alguna respuesta. Por lo menos, solo después podrá obtener la ayuda de la filosofía.

Porque quien se acerca a la filosofía ya no solo ha descubierto que no sabe vivir sino que además ha de responderse ¿para qué lo quiere seguir haciendo? En serio quieres aprender a vivir, estás dispuesto a obedecer a la sabiduría, modificas tus costumbres de acuerdo a tu guía, cambias de amistades, recurres a nuevos modelos ¿y no sabes para qué?

La muerte hace ridículos los demás sufrimientos, porque no hay otro después de ella y porque ella puede acabar con cualquiera. Séneca ofrece su filosofía como una herramienta para enfrentar cualquier sufrimiento o fracaso en la vida, pero también reconoce que no hay otro fracaso mayor, si es que no hay otro fracaso en absoluto, que la muerte.

Si la filosofía misma se enfrenta a responder frente al fracaso que significa la muerte, no puede ser ajeno su alumno, y encontrando respuesta una la encontrará el otro. De forma que quien resuelve el *asuntillo* de la muerte tiene resuelto lo demás.

Ahora bien, descubrimos que no obstante la muerte, aparecen ante nosotros muchos más fracasos de los que quisiéramos aceptar. Estos sufrimientos no deberían aparecer, si no tememos la muerte o si la ignoramos, estaríamos lo suficientemente distraídos para no tener por qué temer estos fracasos cotidianos. Sin embargo ahí están. La pérdida del ser querido, el desfalco en la cuenta bancaria, los estudios inconclusos, la salud deteriorada, el desempleo y un largo etcétera. Si la muerte no nos preocupa o si no la consideramos, vale la pena preguntarnos por la importancia de estos sufrimientos menores.

El sufrimiento es la manifestación del trabajo realizado por el fracaso. Solo cuando sufrimos nos detenemos a preguntarnos qué está fallando en nuestra vida, solo ahí descubrimos que hay una pieza fuera de lugar. El sufrimiento manifiesta que nos *hayamos fracasados*. Y, estos fracasos nos anticipan el mayor de todos. Solo fracasando podemos descubrir que somos mortales, no solo mortales sino hasta malos vivientes.

El fracaso desengaña al ser, le hacer saber que no es lo que está siendo, interesante paradoja, pero tan doloroso es el fracaso cuanto distante es el ser de sí mismo, porque el ser no puede no ser, pero ¡cuántas veces lo intentamos!

4.2 DE MODO QUE NO SE PUEDE NO SER

“El que hace lo que se le manda no es desgraciado, sino el que lo hace contra su voluntad”²⁴. Séneca responde magistralmente acerca de la libertad cuando los acontecimientos parecen impuestos, tema muy actual en nuestros días, cuando

²⁴ SÉNECA. Epístola LXI. Está preparado para la Muerte. En : Op. Cit. p. 1553

pareciera que el afán de libertad nos obligara a negar la causalidad. Ni siquiera estamos en condiciones de aceptar que un hecho tenga consecuencias porque nos parece una agresión a la libertad. Así en un mundo donde hasta la ley de gravedad parece un atentado a nuestros espíritus libres, Séneca pone de nuevo, verdaderamente y no en la apariencia de los sentidos, el control en nuestras manos.

No es pura diatriba charlatana, donde solo cambia la presentación para dejar igual lo presentado, sino que siendo nuestro mundo fruto de la interpretación que hacemos de él, realmente cambia la esencia si vemos con otros ojos. Podemos optar por hacer aquello que es imperativo y, vivir, simplemente vivir.

Aceptando voluntariamente el decurso de los acontecimientos no nos estamos sometiendo a ellos sino que ellos quedan sometidos a nuestra voluntad, tomar conciencia de su inevitable aparición nos facilita la alegría, si sabemos prepararnos para ellos.

Preparémonos para la muerte antes que para la vida, nos aconseja Séneca, porque quien nos habla de la muerte nos prepara para la verdad, no puede ser más que un verdadero amigo. Todo aquél o aquello que nos disimule la muerte y nos quiera hacer creer que la vida es imperecedera nos engaña y es el verdadero enemigo de la libertad. Más bien quiere nuestra ruina, que vendrá cuando el fracaso de nuestra *vida interminable* se presente muy probablemente cuando menos lo esperemos.

4.3 EL TIEMPO... ENFRENTAR LA MUERTE ES ENFRENTAR LO DEMÁS

El que disimula la muerte es enemigo de la libertad porque solo quien impulsa a pensar en la muerte, "te impulsa a pensar en la libertad (porque) el que sabe mo-

rir, no sabe servir, y si no está por encima, al menos está más allá de todos los poderes"²⁵. Quizá de las generaciones que han leído a Séneca, la nuestra sea la que más aprensión tiene a la vejez. Se teme incluso más la vejez que la muerte misma. Hoy como ayer no podemos evadir la vejez, ni negar su presencia, pero contamos con los medios para ocultarla, para disimularla. La vejez es horrible para nuestras aspiraciones, es más despiadada que la misma muerte, ciertamente la muerte niega nuestras aspiraciones y demuestra que nuestros proyectos eran vanos, pero no se detiene a recordárnoslo todos los días, no se deleita demostrándonos que ha triunfado sobre nosotros. La vejez, sí. La muerte la escondemos 6 pies bajo tierra, lejos de nuestros lugares de recreo y no vuelve a intimidarnos. Pero, la vejez es otra cosa, no podemos esconderla, nos persigue y se toma el atrevimiento de hacer sentir su presencia, cada vez de forma más estruendosa para completar, como si tomara confianza.

Si ya mencionamos un recuerdo feliz de la infancia, sea permitido mencionar uno aterrador, o mejor aún, intrigante, una imagen que se afinca en la memoria para volver a aparecer no siempre en las mejores oportunidades, quedamos amarrados a ella; quisiéramos hacerle mil preguntas pero todas se agolpan y en definitiva quedan en suspenso: la visión de la marcha circular del segundero de un reloj de manecillas. Que nos marca y muestra una realidad que se nos escapa, que nos seduce para conservarla pero se nos cuele como la arena seca entre los dedos. Será la experiencia que da mayor madurez al hombre, es el instante en que somos conscientes del instante, de la fugacidad, notamos con toda su fuerza el devenir, el paso del tiempo, descubrimos con la mayor frialdad que todo cambia, que no hay quietud sino constante transcurrir, que sin necesidad de esforzarnos cambiamos nuestra forma de ser, no seremos eternamente niños, ni seremos para siempre de la edad a la que nos quedamos viendo el reloj por un instante.

²⁵ SÉNECA. Epístola XXVI. Alabanzas de la Vejez. Op. Cit., p. 1483

Nuestra sociedad está llena de paradojas. Nuestros políticos temen tanto el futuro que se ilusionan con él, porque el futuro siempre augura cambios, precisamente por eso es futuro. Pero nos aferramos al presente para evitar cambiar nuestro estilo de vida, quisiéramos que todo permaneciera igual, que la vida no deviniera para poder asegurar nuestra continuidad. La única forma de estar seguros en el futuro es dominar el presente. Asegurándonos que el futuro será igual a lo que ya conocemos, nos aseguraremos que la vida será como hasta ahora la conocemos. La vejez nos habla de la caducidad, todo pasa, el tiempo envejece todo lo joven, no hay manera. La eterna juventud también se cuenta en años.

Durante toda la vida vamos comprobando que algo que nos gusta probablemente dejará de gustarnos porque “todo es cuestión de tiempo”, como dice el adagio.

De la misma forma comprobamos con la misma inexcusabilidad que el cambio es inminente, lo estable lo es en el tiempo, el tiempo pasa constantemente y no se detiene, no podemos negarnos su transcurrir y no podemos evadirnos a él.

El tiempo es el primer fracaso al que nos enfrentamos. Normalmente relacionamos fracaso a situaciones de pérdida, porque es la sensación que más se le asemeja, y estas situaciones normalmente son fracasos aunque no todos los fracasos sean pérdidas y aunque en definitiva el fracaso sea ganancia. Pero, las situaciones de pérdida o cambio en nuestra vida tienen por sustrato el tiempo. Éste está a la base de nuestra vida y nos condiciona, todo cambio nos dice que el tiempo ha pasado, el tiempo que pasa nos dice que ya no somos lo que éramos y si somos conscientes de ello, aceptaremos fácilmente que de seguir avanzando el tiempo no seremos lo que somos.

Por eso, a lo largo de la historia, el hombre ha hecho de todo por detener el tiempo, aspiración bastante inexacta y contradictoria en muchos casos, porque para detener el tiempo hay que detener el cambio y las transacciones que ocurren

“mientras tanto”. No podríamos interactuar con otros, no podríamos aprender, no podríamos descansar, viajar o consumir, cosas todas para las que se desea detener el tiempo, porque todas ellas nos dicen que éste ha transcurrido.

En algunos momentos, algunos hombres, o tal vez todos en alguna medida, podemos sentir que somos inmortales, que somos acabados, obra concluida, nos aferramos a la inmovilidad, y podemos pretender defenderla, pero el fracaso del tiempo viene a decirnos que no somos eso que nos creemos. Otra vez, lo que es no puede dejar de ser, descubrieron los griegos, pero el tiempo nos muestra constantemente que vamos dejando de ser. ¿Será acaso que nunca fuimos? Será que somos eso otro diferente de lo que creemos ser. ¿Qué somos?

El fracaso del tiempo nos obliga a volvernos a preguntar por el ser. Cuando nos enfrentamos al tiempo somos desengañados porque aparece el cambio, la mutación. El fracaso del tiempo, en definitiva, nos presta un servicio del cual la muerte es su mentora.

Recordemos que la muerte es el fracaso de los fracasos, superado éste se superan los demás. Por eso descubrimos en Séneca un afán por prepararnos a la muerte, un afán relacionado con el deseo de aprender a vivir.

La filosofía que Sócrates proponía a los hombres como camino de salvación, y más todavía la que propondrían Platón y Aristóteles, exigía un como morir en vida; situarse más allá de sus límites era el camino de salvación. Pero la “vida contemplativa” requería tal renuncia por una parte y tal actividad por otra, que pocos, una escasa minoría aristocrática, era capaz de consagrarse a ella²⁶.

²⁶ ZAMBRANO, Op. Cit., p. 33

Séneca convive con esta situación y descubre las angustias de sus coetáneos y sus limitaciones. Muy similares, tal vez, a las del hombre moderno, agobiado por sistemas morales e ideales políticos impositivos sin ningún asidero a su realidad concreta, sospechosos de moverse por el afán económico y egoísta de sus creadores, que si bien proponen esperanzas deseables requieren un esfuerzo desesperanzador y humillante. Séneca pues, aunque pareciera proclamar el desamparo del hombre ante su suerte, utiliza la revelación de la verdad de su situación para acercarse al hombre con un consuelo inagotable.

Ante esto pregunta Zambrano “¿es de veras filosofía? ¿O no está ocupando el lugar de algo que no es filosófico?”²⁷ La filosofía de Séneca es interesante precisamente porque se ocupa de la realidad del hombre. ¿A qué tanto saber si no sabemos qué hacer con él? Zambrano relaciona la filosofía de Séneca con la religión de su tiempo y con el incipiente cristianismo. Nosotros paralelamente queremos expresar que la filosofía sí es una actividad útil, de interés humano y de imprescindible actualidad. La razón nos diferencia de los demás seres, pero no saberla usar es como tener una vela apagada en medio de la noche oscura.

Séneca quiere consolar nuestro desengaño: nos lanzamos a la vida con todas las ilusiones solo para descubrir que bien pudiéramos no haber nacido, que nada hubiera cambiado porque es cuestión de tiempo para volver al mismo estado del que veníamos. Entonces, Séneca presta ayuda con lo que tenemos, la razón nos puede ayudar a caminar la vida con serenidad, incluso con alegría, pero a caminarla hacia su destino, no evadiéndolo como quisiéramos de natural, porque resistirnos a nuestra suerte es negar todo lo demás. La propuesta de Séneca es tranquila y perturbadora, no solo acepta la disputa sino que la promueve, Séneca no quiere hacernos aceptar verdades inmutables; no quiere asegurarnos, sin razón, en las razones de otros; quiere que lleguemos a nuestras propias conclusiones, que descubramos nosotros mismos la vida y nos cuestionemos

²⁷ Ibid., p. 22

nuestra existencia, porque si nosotros no lo hacemos la vida misma se encargará de cuestionarnos.

5. ¿TIENE ALGO QUE VER EL FRACASO CON LA FILOSOFÍA?

¿Acaso el tema de la muerte no es en sí mismo frustrante? ¿Pretendemos aprender teorías para luego aplicarlas a nuestra vida sin más? Si es así nuestro proceder, Séneca tiene todavía una herramienta para obligarnos a pensar. Si nos ha hecho presente la disponibilidad ante la muerte, el ejercicio de aceptarla como una realidad inexcusable, ¿cómo nos dice que no la procuremos? “Aunque la muerte sea inminente, esté pronunciada la sentencia, el sabio no prestará sus propias manos al suplicio, porque es locura matarse por temor de morir”²⁸. De la misma forma que es necedad adelantar cualquier fracaso por temor a fracasar. ¿Puedes estar hablando en serio Séneca? ¿No has sido tú quien nos ha dicho que adelantemos todos nuestros fracasos y los demos por sucedidos? ¿Ahora quieres que los mantengamos a raya?

No, no quiere Séneca ni lo uno, ni lo otro. Séneca quiere que aprendamos a vivir, consolados de nuestros temores fundamentados en la realidad y despojados de los temores sin asidero real. Pero esto solo lo logra cada quien, solo quien se acerca a la filosofía para aprender a vivir tendrá que ejercer por sí mismo el uso de su razón y empeñarse en vivir. Gran servicio han prestado los fracasos para llevarnos a la filosofía, pero la filosofía ahora quiere librarnos de su influencia, quiere sanarnos de las heridas infringidas por ellos.

No obstante queda abierto siempre el debate, Séneca no pretende, ni puede agotarlo. Nuestra preocupación no es dar sentencias finales sino descubrir en nuestro tiempo una filosofía que también tiene mucho que decirnos, cansados proba-

²⁸ SÉNECA. Epístola LXX. Puede desearse la muerte cuando es más ventajosa que la vida. Op. Cit., p. 1571

blemente de las filosofías que se enfrentan al ser, en vez de ser simplemente. Entre tantas preguntas parece que nos alejáramos de cultivar la sabiduría por demostrar mejor que adquirirla es imposible. El debate abierto por Séneca es patente en nuestros días, pregunta Séneca con mordaz honestidad: “Si una muerte viene acompañada de tormentos y otra es más dulce y fácil, ¿por qué no elegir la última?”²⁹ Sospechosa actualidad tiene esta pregunta.

¿Queda reducido todo el problema a un asunto de forma? ¿Tenían razón nuestros abuelos al afirmar que no le tenían miedo a la muerte sino a la *morida*, refiriéndose a la forma en que iban a morir? Y si es solo cuestión de forma ¿por qué esperar para adelantar la muerte solo cuando aparece otra forma más espeluznante? ¿Acaso la posibilidad que aparezca no es suficientemente aterradora como para adelantarla del todo? ¿Cuándo la muerte es dulce? ¿No hay forma de que toda muerte pueda ser dulce sin importar el sabor? Es decir, lo observamos en la cotidianidad ¿No hay sabores fuertes que preferimos a los suaves en ciertos momentos?

Sí, Séneca sigue vigente, porque sigue siendo una realidad que fracasamos. Constantemente nos vemos cuestionados por la muerte, la guerra, el hambre, la soledad, la pobreza, la enfermedad. El siglo XX definitivamente experimentó un cambio en la forma de plantearse la vida, quizá hayamos rebasado algún límite de nuestras capacidades, tal vez tanto sufrimiento inflingido por propia mano nos haya pasmado, pero sea lo que fuere es cierto que vivimos una época de terror al sufrimiento, increíblemente nos hace sufrir la posibilidad siquiera de padecerlo.

Nietzsche resumió los sentimientos de una época porque si el sufrimiento existe, Dios no. No es asunto de defender la existencia de algún dios en particular, sino de constatar que aceptábamos perder cualquier tipo de trascendencia, nos convencimos a nosotros mismos que estaba en nuestras manos erradicar el sufri-

²⁹ Ibid., p. 1571

miento y el dolor... o multiplicarlo. Paradójico, ya que si llega el día donde no haya sufrimiento tendremos que aceptar la existencia de Dios. Pero murió Dios y no desaparecieron los sufrimientos, la vida sigue acabando en el mismo fracaso.

Sin embargo, la vigencia de Séneca estriba en que él mismo había descubierto la finitud de los dioses, el proceso racional comenzado por un grupo de hebreos rebeldes no tenía ya más despliegue en la Roma de Séneca, habíamos sometido los dioses al escrutinio de la razón y habían pasado a ocupar su lugar, digamos, en la literatura.

Frente al fracaso de cada decisión que tomamos, de cada sentimiento que nace en nuestro corazón, de cada interpretación que hacemos de la vida, no tenemos más respuesta firme que nuestra razón. Y es ella la que quiere educar Séneca. Pero cada generación, y cada uno de los individuos dentro de cada generación, deben resolver sus fracasos personalmente. Esta razón no se agota, pero se cansa, necesita el auxilio de los *golpes de realidad* que nos regala la vida y la convivencia con los otros.

El fracaso, entonces, nos desarma de cualquier pretensión por engañarnos, no olvidemos que la muerte en Séneca es el máximo fracaso, y entonces el máximo desencanto. Solo quien se enfrenta a ella puede enfrentar la vida sin temor...

Así como la muerte es el hilo conductor de las cartas a Lucilio, el fracaso y su sufrimiento son el hilo conductor de la filosofía en la historia de la humanidad. Hemos construido imperios, sistemas económicos, religiones, interpretaciones del universo, y todas en su momento han fracasado, solo para obligarnos a preguntarnos de nuevo, para volver a comenzar. Es normal que tras el fracaso haya un primer desaliento, el *primer impulso* que llamará Séneca, donde pareciera que no deseamos pensar más, nos desilusionamos de la sabiduría, de la vida, del hombre mismo. Pero la sabiduría llama a la puerta y desde Séneca hasta hoy está abierto

el debate. No quedan solucionadas todas las preguntas aquí, Séneca mismo era un virtuoso sin esperanza, de hecho, para los griegos la esperanza no era un bien como el cristianismo nos hizo creer después. Pero ¿Vale la pena enfrentar el fracaso sin esperanza? ¿Si sabemos que vamos a fracasar, para qué volver a intentarlo? ¿Por qué superar el impulso inicial de la derrota si continuaremos a tientas en una búsqueda donde ni siquiera conocemos lo que buscamos?

Nuestro trabajo termina en la Epístola XXX: “Pero debo temer que aborrezcas más que a la muerte epístolas tan largas, por cuya razón concluyo”³⁰.

³⁰ SÉNECA. Epístola XXX. Debe esperarse la Muerte con Ánimo Tranquilo: Ejemplo de Basso. Op. Cit., p. 1491

6. CONCLUSIONES

En este trabajo no se pretende explicar el porqué del fracaso, ni siquiera por qué un fracaso sea mayor que los demás. Simplemente el fracaso está ahí, viene a nuestro alcance. Dicen los pilotos de la fuerza aérea, si vuelas lo suficiente los problemas te encontrarán. No se trata de convencer a nadie que el sufrimiento existe, ni más faltaba, si alguien no sufre que lo disfrute. Menos aún pretende este trabajo desearle a alguien que fracase.

No obstante, para aquellos que hayan fracasado, Séneca tiene una respuesta que los motivará a indagar más sobre su fracaso. Séneca cree firmemente que quien no esté de acuerdo con su vida bien puede pegarse un tiro (la frase es anacrónica para Séneca, pero el sentido se entiende perfecto). Pero antes de cortarse el cuello hay una idea última, enfrentar el fracaso y dejar esta vida cuando la naturaleza lo proponga y no cuando el desespero nos obligue, para vivir siendo dueños y no como siervos.

El fracaso ha servido en la filosofía para obligarnos a filosofar, es lo único ante lo que solo la razón puede ayudarnos realmente. Pero la discusión sigue de generación en generación. El ingenio de quienes sucumben a la tentación por evitar el sufrimiento que produce el fracaso se enfrenta a la serenidad de quienes lo enfrentan y encuentran en él nuevas formas de vida.

Ante Séneca quedan abiertas muchas preguntas, entre otras consideraciones podemos decir que nos han llegado solo las cartas que escribiera Séneca a Lucilio,

pero no conservamos las respuestas que Lucilio contestara. ¿Preguntaría lo mismo que nosotros? ¿Quieres, Séneca, que nos esforcemos por enfrentarnos a la muerte sin importar que nada cambie luego? Que fracaso tras fracaso descubramos que solo la muerte nos espera como el gran fracaso de toda la obra de nuestra vida, ¿No es vivir por vivir una gran desilusión? ¿No es ya éste el fracaso de nuestra esencia? ¿Para qué razón si no podemos anticipar lo verdadero? Entonces, la muerte no es tan frustrante, tal vez sea un verdadero alivio a tanto esfuerzo.

Séneca escribe con cierta ironía, pero con modestia que tal vez Lucilio daría “más fe a quien resucitase y (le) asegurara por experiencia propia que no existe ningún mal en la muerte”³¹. Mientras Séneca escribía esto, y aún hoy, había un grupo de hombres, insistiendo que no hay necesidad de esforzarse por practicar la virtud, que para hacer el bien no es necesario desvelar fracasos y dolores, que la muerte ha sido vencida y no tiene poder sobre nosotros, insisten que vive un hombre que ha vencido la muerte. ¿Será Séneca que tienen razón? Tan constante es su propuesta como tu filosofía, ¿será entonces, que no hay que enfrentar a la muerte, que ya no hay nada que temer? ¿Y entonces, qué pasa con los servicios hechos por los fracasos, acaso, ya no hay que temer ningún fracaso? ¿Será Séneca que estos hombres que hablan de la virtud sin esfuerzo tengan razón?

Mientras haya razón en el mundo la filosofía no puede desaparecer.

³¹ Ibid., p. 1491

BIBLIOGRAFÍA

- BONETE PERALES, Enrique. Muerte, Libertad, Suicidio (I) : "La Filosofía como preparación para la muerte". En : Cuadernos Salmantinos de Filosofía. Vol 29 (2002); p. 419 – 479
- SCHOPENHAUER, Arthur. El Amor, las Mujeres y la Muerte. Medellín : Bedout, 1982. 22 p.
- SÉNECA, Lucio Anneo. Epístola X : De la utilidad de la soledad. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XIII. Cuál debe ser la Fortaleza del Sabio. No te preocupes de lo Futuro. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XVI. De la Utilidad de la Filosofía. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XII. De las Ventajas de la Ancianidad y de la Disposición a la Muerte. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XII. Epístola XVII. Debe abrazarse sin Dilación la Filosofía. La Pobreza es un Bien. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XIV. Cómo se ha de amar al Cuerpo. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XII. De las Ventajas de la Ancianidad y de la Disposición a la Muerte. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XXIX. De la Oportunidad en los Consejos. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola LIII. Muchos ignoran sus Propios Vicios: La Filosofía se los muestra y sana. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XXIII. En la Filosofía existen Verdaderos Goces. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.
- . Epístola XXXIX. De los Inconvenientes de las Grandes Fortunas. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.

-----. Epístola LVI. En Todas Partes puede estar Tranquilo el Sabio y dedicarse al Estudio; y, al Contrario, el Malo está agitado en Todas Partes. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.

-----. Epístola LXI. Está preparado para la Muerte. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.

-----. Epístola XXVI. Alabanzas de la Vejez. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.

-----. Epístola LXX. Puede desearse la muerte cuando es más ventajosa que la vida. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.

-----. Epístola XXX. Debe esperarse la Muerte con Ánimo Tranquilo: Ejemplo de Basso. En : Tratados filosóficos, Tragedias, Epístolas Morales. Madrid : Edaf, 1952. 1631 p.

ZAMBRANO, María. El Pensamiento Vivo de Séneca. Buenos Aires : Losada, 1944. 194 p.